

Johnny Lake levantó las piernas contra el pecho y lentamente se golpeó con fuerza la parte posterior de la cabeza contra la pared. Era el decimocuarto día, y habían dicho que ese día moriría. Estaba secuestrado por seis hombres, aunque sólo conocía a uno de ellos por el nombre: Kamil, que era el jefe del grupo y cuyo nombre significaba «perfecto». Había sido él quien había hablado en inglés a la cámara de vídeo con marcado acento extranjero; él quien había agitado un Kalashnikov y dicho que los norteamericanos debían abandonar Irak, y que si no lo hacían Johnny sería ejecutado. En el momento de la grabación, Kamil llevaba unos guantes negros de piel y un pasamontañas de lana negro con agujeros para los ojos y la boca. Sus compañeros también llevaban pasamontañas o unos pañuelos que se habían atado alrededor de las caras, aunque no habían dicho nada mientras la cámara filmaba, aparte de entonar *Allahu Akbar*, esto es, Dios es grande.

Sus secuestradores no eran conscientes de que Johnny sabía lo que planeaban hacer con él, pues no les había revelado que sabía árabe. Había estudiado la lengua durante dos años en Chicago, tras lo cual pasó un año en Dubái y luego seis meses en Ciudad de Kuwait, antes de trasladarse a vivir a Bagdad. Lo hablaba con fluidez y sabía leer y escribir en árabe, aunque desde el momento en que había sido obligado a meterse a punta de pistola en la parte posterior de la furgoneta, no había dicho una sola palabra en ese idioma. Al principio supuso que poder escuchar a escondidas sus conversaciones le proporcionaría alguna ventaja, pero eso tan sólo lo había llenado de desesperación. Catorce días era el plazo que habían puesto; dos semanas; trescientas treinta y seis horas.

Johnny sabía que no había ninguna posibilidad de que las exigencias de Kamil fueran satisfechas; las fuerzas de la coalición permanecerían en Irak hasta que los iraquíes fueran capaces de gobernarse por sí mismos, y ese día quedaba lejos. Kamil no era estúpido y también lo sabía. Su pose ante la cámara sólo pretendía causar impresión, nada más; formaba parte de un proceso, un proceso que conduciría tan sólo a una cosa: su muerte.

Johnny se estremeció. Quería aporrear la puerta y suplicarle a Kamil que le perdonara la vida, pero había estado suplicando durante los dos primeros días y sabía que nada de lo que pudiera decir cambiaría lo que iba a ocurrir. Había implorado a Kamil; le había contado que los artículos que enviaba siempre se mostraban comprensivos con el pueblo de Irak, y que los dos últimos que había escrito antes de su secuestro habían versado sobre los llamamientos de los políticos locales para una pronta retirada de las tropas norteamericanas y su sustitución por las fuerzas de intermediación de las Naciones Unidas.

Kamil había sonreído comprensivamente y le había asegurado que no le ocurriría nada y que sería liberado a su debido tiempo. Eso era lo que le había dicho la primera vez que se había reunido con él. Tal cosa había ocurrido cinco días después del secuestro, y le habían ocultado en un lugar diferente cada noche, siempre encapuchado, siempre amarrado fuertemente como si fuera un pollo. Kamil había sido la primera persona en hablar con él, la primera persona en tratarlo como a un ser humano y no como a un trozo de carne. Pero todo lo que le había dicho era mentira.

Johnny había oído a Kamil hablar con sus colegas, y había entendido todas las palabras que le había dicho a la cámara de vídeo. Catorce días; si las fuerzas de la coalición no empezaban a retirarse de Irak al decimocuarto día, sería la voluntad de Alá que Johnny fuera ejecutado. Catorce días; y ése era el día señalado.

Johnny había pedido que le llevaran una radio y periódicos, pero Kamil había dicho que tal cosa no era posible. Johnny sabía la razón: los medios de comunicación informarían de su secuestro

y de las exigencias de sus raptores, pese a lo cual Kamil le había proporcionado un libro en rústica: *El Código Da Vinci*. Johnny siempre había tenido intención de leerlo, pero nunca había encontrado la ocasión, así que en ese momento no tenía nada mejor que hacer en aquel sótano, aunque por más que lo intentaba no era capaz de concentrarse en su lectura. Kamil había llevado un ajedrez de viaje, y habían echado varias partidas, y aunque Johnny era un jugador ducho, había perdido todas las veces. En lo único que podía pensar era en el plazo, en la fecha tope que acabaría con su vida, así que era imposible concentrarse en cualquier otra cosa.

Johnny sabía que las exigencias de Kamil no serían satisfechas, aunque había otra opción: el dinero, el frío y vil metal. Y su padre tenía dinero, mucho. J. J. Lake era un promotor inmobiliario de Chicago, y él estaba seguro de que su padre pagaría el rescate que fuera necesario para conseguir que lo soltaran. Todo era una cuestión de dinero, bien lo sabía él. Todo lo que había ocurrido en Irak tenía que ver con el dinero y prácticamente nada con la religión, y si a sus raptores se les ofrecía el dinero suficiente, lo soltarían. Y J. J. conocía a gente; conocía a Oprah Winfrey, y a Donald Trump, y a políticos de una punta a la otra del país; exigiría la devolución de favores a diestro y siniestro y pulsaría cuantas teclas fuera necesario pulsar. Tal era la esperanza a la que Johnny se aferraba: si alguien podía salvarlo, ése era su padre.

Los periódicos para los que trabajaba también estarían poniendo su granito de arena, al igual que los demás medios de comunicación, ya que él era periodista, y los periodistas cuidaban de los suyos. Presionarían al gobierno para que actuara, escribirían editoriales, harían preguntas y todo lo que hicieran o dejaran de hacer las autoridades sería examinado a fondo. Hablarían con los musulmanes comprensivos y se los ganarían para presionar a los fundamentalistas. Kamil no era un idiota, y se daría cuenta de que no había nada que ganar con matarlo, y que si lo soltaban, demostrarían al mundo que podían ser clementes.

Se oyeron tres sonoros golpes en la puerta, que no tenía picaporte ni cerradura, tan sólo una mirilla a través de la cual sus secuestradores podían vigilarlo.

—Ponte contra la pared, por favor, Johnny —gritó Kamil.

Él se puso de pie e hizo lo que se le decía. Siempre que se abría la puerta, tenía que permanecer contra la pared del fondo con las manos extendidas. Sabía que el motivo de obligarlo a adoptar esa postura era impedir que sorprendiera a sus captores, aunque no sabía por qué se tomaban la molestia, toda vez que sus secuestradores tenían armas, y él no era un guerrero, y ellos lo sabían. Era un periodista, y no había vuelto a enzarzarse en una pelea desde que abandonara la escuela primaria.

La visita era una sorpresa, pues la tarde no había hecho más que empezar y le habían dado de comer hacía dos horas. Kamil le había llevado un plato de papel lleno de *kubbat burghul*, o lo que era lo mismo, unas pastosas tortas de trigo rellenas de carne picada poco especiada y cebolla. Había compartido la comida con él, y habían hablado de béisbol, pues Kamil nunca hablaba de política ni de lo que estaba sucediendo en Irak, así que su conversación giraba sobre todo en torno a los deportes, el cine y la música; pura cháchara, un mero parloteo insulso para pasar el tiempo hasta que lo mataran.

La puerta se abrió, y Kamil apareció en la entrada sujetando un mono naranja de paracaidista.

—Tenemos que grabar otro vídeo —dijo acercándose a él—. Tenemos que demostrar que sigues vivo. —Le tendió el mono.

—De acuerdo —respondió Johnny dudando. Bajó los brazos, pero no hizo el más mínimo intento de coger el mono.

—No te preocupes —añadió Kamil—. Es sólo un vídeo, nada más.

—¿Se ha puesto ya en contacto mi padre? —le preguntó.

Kamil se encogió de hombros.

—Si lo hiciera, no lo sabría —respondió—. No hablamos con nadie.

—Pero si está intentando pagar un rescate, ¿cómo os lo harán saber?

—Nos lo comunicarán —dijo Kamil, e hizo un gesto hacia el mono—. Póntelo, por favor.

—No entiendo por qué he de llevarlo.

—Es una manera de demostrar que vamos en serio —le contestó con paciencia—. No es más que teatro, Johnny. Si ven que estás jugando al ajedrez y sonriendo a la cámara, nadie va a creer que realmente estés en peligro. —Empujó con delicadeza el mono contra el pecho de Johnny.

—¿Y lo estoy? —preguntó él en voz baja—. ¿Corro peligro? —Cogió el mono. Era la tercera vez que se lo habían dado para que se lo pusiera; para impresionar, había dicho Kamil. Sólo tenía que ponérselo cuando grababan un vídeo, y el resto del tiempo era libre de llevar su propia ropa, aunque le habían quitado el cinturón y los zapatos.

Kamil sonrió; una sonrisa amplia y tranquila.

—Eres periodista. No sirve de nada matar a un periodista.

—Por favor, no me matéis.

—Johnny, no te vamos a matar. Te lo juro. Ahora ponte el mono.

Sabía que Kamil estaba mintiendo, pues había entrevistado al número suficiente de políticos y periodistas como para saber cuándo le estaban mintiendo. Y ese hombre estaba mintiendo.

—Por favor, Kamil —dijo Johnny—. No tenéis por qué hacer esto.

—Es sólo un vídeo —contestó el árabe, evitando la mirada del periodista—. Nada más que un vídeo. —Se apartó y les habló a sus dos compañeros, que asintieron con la cabeza y se cubrieron los rostros con los pasamontañas, de manera que sólo sus ojos quedaron a la vista.

Johnny sintió como si las fuerzas le abandonaran las piernas. Miró hacia la puerta, la única salida, pero ellos eran tres, y que un hombre pudiera derrotar a tres era algo reservado a las películas.

Notó las lágrimas escociéndole en los ojos, y parpadeó para contenerlas. Respiró lentamente varias veces, intentando sofocar el pánico que amenazaba con doblegarlo; quería llorar, gritar, suplicar, hacer lo que fuera necesario para salvar la vida, pero sabía que no podía hacer nada.

Sujetó el mono por las hombreras y metió la pierna derecha, y luego la izquierda. Se irguió y se subió el mono hasta la cintura. No quería morir en aquel sótano. Llevaba días sin respirar el aire fresco ni ver el cielo ni oír cantar a los pájaros; deseaba ver a sus padres, y a su hermano, y a sus amigos.

Sintió como si fuera a perder el conocimiento y se sentó en la silla de madera. Kamil apareció delante de él, sujetando una botella de agua de plástico.

—Toma —dijo.

—Gracias. —Johnny desenroscó el tapón de plástico azul y se llevó la botella a los labios. Bebió lentamente, con la esperanza de alargar el instante hasta el infinito, pues mientras bebiera, estaría vivo. Tragó y siguió bebiendo.

Kamil alargó la mano para coger la botella, y él se la entregó, hecho lo cual metió los brazos en el mono contoneándose y subió la cremallera.

—Bien —dijo Kamil, y le dio una palmadita en el hombro—. Levántate, por favor, y colócate delante de la bandera.

Johnny obedeció, sabedor del significado del mono: era idéntico al que los norteamericanos obligaban a llevar a los detenidos en Guantánamo. Era una declaración, la proclamación de que los rehenes de Irak eran una represalia por lo que estaba pasando en Cuba. Se paró delante de la bandera, a cuyos lados se habían colocado los dos hombres de las pasamontañas con los brazos cruzados por delante del pecho.

—Pon las manos a la espalda, por favor —dijo Kamil.

Johnny obedeció; la última vez que lo habían grabado en vídeo le habían atado las manos a la espalda, aunque sabía que en esa ocasión era diferente. Tragó saliva y a punto estuvo de tener una arcada; tenía la boca seca de nuevo.

Kamil utilizó una brida de plástico para atarle las muñecas, y aunque el plástico le dañó la piel, él no protestó.

El iraquí le ayudó a arrodillarse y le volvió a dar una palmada en el hombro. Caminó hasta la cámara de vídeo y comprobó el accesorio que la sujetaba al trípode; luego se inclinó y miró fijamente por el visor de imagen. La puerta se abrió y entraron en fila cuatro hombres vestidos con monos de color caqui y pasamontañas, dos de ellos portando sendos AK-47; el último en entrar se paró de espaldas a la puerta.

Kamil se incorporó, sonrió y le hizo un gesto con la cabeza a Johnny, que intentó devolverle la sonrisa, aunque sabía que parecía aterrorizado. Le dolían las rodillas, y la brida de plástico se le estaba clavando en las muñecas.

Kamil rodeó el trípode y se sacó un pasamontañas del bolsillo.

Johnny cerró los ojos y respiró hondo, y empezó a recitar el padrenuestro en silencio, pues no quería ofender a los hombres de la habitación rezándolo en voz alta: *Padre nuestro, que estás en los cielos...*

Johnny abrió los ojos. Kamil se colocó el pasamontañas e hizo un gesto a los hombres para que se congregaran delante de la bandera.

*Santificado sea tu nombre...* Johnny se mordió el labio inferior. Tal vez sólo estuvieran haciendo realmente otro vídeo para definir sus exigencias; tal vez sólo hubiera gestos y amenazas, y luego, una vez que apagarán la cámara, él se quitaría el mono y volvería a su lectura de *El Código Da Vinci* y a jugar al ajedrez con Kamil. Una parte de él deseaba desesperadamente creérselo, aunque aquél era el decimocuarto día, y habían dicho que ese día moriría.

*Venga a nosotros tu reino y hágase tu voluntad...*

Kamil empezó a hablar en árabe a la cámara, agitando las manos. Durante todo el tiempo que habían pasado en el sótano, siempre había hablado en un tono suave y cortés, pero se convertía en una persona diferente con el pasamontañas puesto y la cámara en funcionamiento. Su voz tenía un dejo áspero, y de vez en cuando la

saliva salía despedida de sus labios. Kamil señaló la bandera, y a los hombres que tenía detrás, y a continuación a él, y gritó en árabe que era culpa de Bush que fuera a morir, y en su voz no había más que odio y veneno.

El padrenuestro seguía girando en la cabeza de Johnny, cada vez más deprisa. *Y perdona nuestras ofensas, como nosotros perdonamos a los que nos ofenden...* Se concentraba en las palabras, refugiándose en la repetición, intentando borrar de un plumazo la realidad del lugar y de lo que estaba ocurriendo.

Kamil se volvió hacia la cámara y continuó vociferando, mientras los hombres parados delante de la bandera repetían: *Allahu Akbar*, Dios es grande.

La respiración de Johnny se hizo más agitada. Concentrado en el padrenuestro, utilizaba las palabras para borrar todo lo demás de su mente. *No nos dejes caer en la tentación...*

Los hombres avanzaron hacia él. *Allahu Akbar, Allahu Akbar, Allahu Akbar...* Se movían como zombis, con los ojos muy abiertos, la mirada perdida y las manos a los costados.

Johnny intentó levantarse, pero tenía las pantorrillas acalambreadas, y cayó de costado, tosiendo al respirar el polvo del suelo. Las sandalias de los hombres crujieron al acercarse a él arrastrando los pies. Era el final, lo sabía bien, y las lágrimas afluyeron a sus ojos ante la injusticia de todo. Nunca les había hecho ningún daño, nunca le había hecho daño a nadie; era tan sólo un periodista destinado a Irak para informar de lo que estaba ocurriendo allí. Sin apenas excepción, los artículos que escribía iban dirigidos contra la ocupación del país liderada por los norteamericanos. *Padre nuestro, que estés en los cielos...* Matarlo no haría que la guerra terminara ni un día antes, no cambiaría nada y carecía por completo de sentido. *Santificado sea tu nombre...*

Se le nubló la vista e intentó levantarse del suelo, a pesar de que las fuerzas habían abandonado sus extremidades. Rodó de espaldas, jadeando. Desde lo alto cinco pares de ojos lo miraban fijamente con total indiferencia. *Allahu Akbar, Allahu Akbar, Allahu Akbar...*



Entonces apareció un sexto pasamontañas; era Kamil, que pareció no reconocerlo: tenía la misma mirada vacía que los otros cinco y también mascullaba: *Allahu Akbar*, Dios es grande. Había algo en su mano, algo que refulgió al incidir en él la luz de los fluorescentes: un cuchillo.

Johnny intentó darse la vuelta rodando, pero unas manos lo agarraron y uno de los hombres se sentó sobre sus piernas, mientras otro le inmovilizaba el brazo izquierdo contra el suelo. Una mano le agarró del pelo y le tiró bruscamente de la cabeza hacia atrás. Lo único que podía oír era el canto de los hombres que iban a matarlo e intentó ponerle sordina a sus voces, pues no quería morir oyéndolas, oyéndolos rezar a su Dios. El padrenuestro se arremolinaba cada vez más deprisa en su cabeza. *Venga a nosotros tu reino. Hágase tu voluntad...*

El cuchillo se deslizó por el cuello de Johnny. Para su sorpresa, no sintió un gran dolor, tan sólo una sensación de quemazón, y luego que la sangre le corría a borbotones por el cuello, y entonces oyó el rugido triunfal de Kamil. Se dio cuenta de que no sentía el cuerpo, de que lo tenía totalmente entumecido. El cuchillo centelleó ante sus ojos y Johnny sintió que le cortaba la traquea, y todo se volvió negro.

El Jaguar se detuvo delante del almacén; dentro del coche había dos hombres. El conductor era Ian Corben, un individuo de unos treinta y tantos años que llevaba puesta una cazadora de *mouton*. Apagó el motor, respiró hondo y soltó el aire lentamente.

—En la boca del lobo —masculló.

Su compañero era algunos años mayor y varios kilos más pesado. Conor O'Sullivan había abandonado Irlanda siendo un adolescente y había perdido la mayor parte de su acento de Galway, aunque tenía el pelo negro, los ojos azules y el sencillo atractivo de un joven Pierce Brosnan. Sus rasgos de estrella de cine tan sólo se veían estropeados por una irregular cicatriz debajo de la barbilla.

—Tranquilízate.

—No los conocemos. Podrían...

—Vienen a través de Mickey Burgess —dijo O'Sullivan—. No pasará nada. Abre el maletero. —Se apeó del Jaguar y se ajustó los puños de su trenca de cachemir. El maletero se abrió con un chasquido, y sacó una bolsa del Manchester United. Los dos hombres permanecieron de pie examinando el almacén revestido con planchas de metal situado entre otros dos edificios idénticos que mostraban sendos carteles de «Se alquila» encima de las entradas.

—Sí es una trampa, estamos jodidos —comentó Corben.

O'Sullivan sonrió tranquilamente.

—Es una transacción comercial —observó—. Lisa y llanamente.

—Sí, pero nos presentamos aquí con una bolsa de dinero y ningún respaldo.

—Insistieron en ello. Dos de nosotros y dos de ellos.

—Sí, bueno, deberíamos ser nosotros los que estableciéramos las normas.

O'Sullivan empujó la bolsa hacia Corben.

—Toma, lleva esto. Se supone que eres el musculitos.

—El segundo al mando, tal y como recuerdo la descripción del trabajo.

—No me acuerdo del anuncio del empleo —dijo O'Sullivan, y miró su reloj—. Vamos, llegamos tarde.

Caminaron hacia las puertas metálicas de la zona de carga del almacén. O'Sullivan iba silbando por lo bajinis, pues no quería asustar a quienquiera que estuviera dentro. Se coló con facilidad por el espacio existente entre las puertas, y Corben lo siguió.

Los dos hombres los estaban esperando, los dos con cazadoras de piloto y vaqueros. El de más edad, un tipo corpulento de unos cincuenta años, llevaba unas lustrosas botas amarillas de Timberland; el más joven, ligeramente más alto, llevaba puestas unas zarrapastrosas zapatillas de deporte y sujetaba un objeto negro con

forma de remo en la mano izquierda. O'Sullivan sabía sus nombres —Graham May y Paul Lomas—, pero no sabía quién era quién. Recorrió con la mirada lo que le rodeaba y comprobó que no había ningún escondrijo evidente. El almacén estaba vacío, salvo por tres mesas metálicas apoyadas contra una de las paredes; se tranquilizó un poco.

Corben permaneció detrás de él, haciendo balancear la bolsa; O'Sullivan le dedicó una rápida sonrisa.

—¿Cuál de vosotros es O'Sullivan? —preguntó el hombre de las Timberland con un áspero acento escocés.

O'Sullivan levantó la mano.

—Ése soy yo. Conor para los amigos.

—Yo soy Paul —anunció el hombre, e hizo un gesto con la cabeza hacia su compañero—. Él es Graham.

—¿Cómo te va? —inquirió May, aunque por su tono resultó evidente que le traía sin cuidado. Hizo un gesto hacia la bolsa—. ¿Ése es el dinero?

—Desde luego no es un carro de combate Sherman —se choteó Corben.

—Ian, sé amable —le advirtió O'Sullivan.

Corben levantó la bolsa.

—Es el dinero —comentó—. ¿Dónde están las armas?

—Allí —dijo May, señalando las mesas, sobre las que había cinco maletas metálicas alineadas.

O'Sullivan se dirigió hacia ellas.

—¡Quieto ahí! —ordenó Lomas—. Lo primero es lo primero. —Hizo un gesto con la cabeza hacia Corben—. Suelta la bolsa, ¿vale?

—¿Qué? —preguntó Corben arrugando el entrecejo.

—Ya le has oído —dijo May—. Primero tenemos que hacer algunas comprobaciones. —Hizo un gesto hacia el remo que sujetaba—. Queremos asegurarnos de que no vais cargados.

O'Sullivan se dio cuenta entonces de que el remo era un detector de metales, de los del tipo que utilizaban en los aeropuertos

para inspeccionar a los viajeros. Lomas permanecía de pie con los brazos cruzados, mirando fríamente a Corben.

May avanzó y pasó el detector de metales por la trenca de O'Sullivan. El aparato emitió un pitido y el tipo levantó una ceja mientras el irlandés se metía la mano en el bolsillo.

—Lentamente —advirtió May.

La mano de O'Sullivan volvió a aparecer con un juego de llaves de coche.

—¿Qué estáis buscando? —preguntó.

—¿A ti qué te parece? —gruñó Lomas.

O'Sullivan sonrió burlonamente y volvió a meter las llaves en el abrigo.

—Me parece que estáis buscando un arma —dijo—. Pero dado que estoy aquí para comprar armas, eso no tendría ninguna lógica, ¿no crees?

—No sería la primera vez que alguien intentara estafarme —señaló May, y pasó el detector por la parte posterior del abrigo del irlandés.

—Ya, pero ¿estafarte qué? —preguntó O'Sullivan—. Yo tengo el dinero, y vosotros las armas. Pero si ya tuviera un arma, ¿por qué habría de robarte una? ¿Entiendes lo que estoy diciendo?

—Entiendo lo que dices —afirmó May.

—Si alguien corre peligro de ser estafado, ése soy yo.

—Lo he entendido a la primera. Pero así es como se va a hacer, así que cierra la boca de una puta vez.

—Además, este aparato detecta los micrófonos —observó Lomas.

O'Sullivan le apuntó con un dedo.

—Si empiezas por llamarme soplón, me voy de aquí —rezongó—. He venido a hacer negocios, no a que se me insulte.

—¿No vais a dejar de discutir ninguno de los dos? —preguntó May, retrocediendo—. Estás limpio.

—Ya sé que estoy limpio —dijo O'Sullivan—. No necesito que me lo digas.

May se dirigió hacia Corben, cuya mirada se había endurecido.

—Esto es un abuso.

—Deja que se diviertan con su jueguito, Ian —le sugirió O'Sullivan.

—Es un abuso de mierda —protestó Corben—. Hemos venido aquí a hacer negocios, ¿no es así? Es lo que dijiste, ellos tienen las armas de mierda y nosotros el dinero. Somos nosotros los que nos arriesgamos.

May bajó el detector de metal.

—Todo esto me está empezando a mosquear —comentó.

—Sí —dijo Corben, entrecerrando los ojos—. A los dos, a ti y a mí. —Miró hacia O'Sullivan—. Acabemos con esto de una vez.

—Ian...

—Hablo en serio. Todo esto es una mierda.

—Tenéis algo que ocultar, ¿no es así? —preguntó Lomas.

—¿Por qué no empezáis por pasaros vosotros esta cosa? —insinuó Corben—. Veamos lo que tenéis que esconder.

—Vosotros sois los visitantes —dijo Lomas.

—¡Que te jodan! —le espetó Corben.

—¿Ah, sí? Bien, que te jodan a ti también.

Corben avanzó hacia Lomas, con el puño de la mano derecha listo para golpear, y Lomas retrocedió arrastrando los pies mientras buscaba algo a tientas dentro de su abrigo. Sacó una automática y le apuntó a la cara.

—¡Tranquilo, tranquilo! —gritó O'Sullivan.

Corben miró fieramente a Lomas, y retiró el puño.

—Sabía que esto era una trampa.

—Tú empezaste —dijo Lomas.

—¿Es que no podéis relajáros los dos de una puñetera vez? —dijo May—. No estamos en el puto recreo.

—Demasiado tarde para eso —dijo Lomas, sin dejar de mirar fijamente a Corben—. Este tío no es legal.

—¿Que no soy legal? —le espetó Corben—. Tú has sido el que ha sacado un arma.

O'Sullivan tenía las manos levantadas, mostrando las palmas.

—¿Es que no podemos tranquilizarnos todos? —dijo.

—Yo estoy tranquilo —contestó Lomas—. Sólo quiero saber qué es lo que tiene que esconder.

—Baja el arma, Paul —le ordenó May.

—No hasta que esté seguro de que este tipo es de fiar. Regístralo. Y la bolsa también.

—Esto es una pura mierda.

—Déjalo correr, Ian —dijo O'Sullivan.

Corben miró encolerizadamente a Lomas, sacó su móvil y las llaves del coche, y levantó las manos lentamente. May subió y bajó el detector de metal por su espalda y sus piernas, y luego comprobó la parte delantera de su cuerpo. El aparato no emitió ningún sonido.

—¿Satisfecho? —preguntó Corben.

—¿No guardas resentimiento? —preguntó May.

Corben bajó las manos.

—Yo decidiré cuando no guardar resentimiento —dijo.

—La bolsa —dijo Lomas, haciendo un gesto con la pistola—. Comprueba la bolsa.

May hizo lo que se le decía, y una vez más el detector de metales permaneció mudo. Lomas guardó el arma.

—Lamento que hayamos empezado con mal pie —dijo May, y le dio una palmadita en la espalda a O'Sullivan—. En situaciones como ésta, es normal que haya un poco de canguelo.

—El trato era que viniéramos todos desarmados —señaló O'Sullivan, mirando de manera significativa a Lomas.

—Armas en las maletas, armas en una pistolera...; todo forma parte del inventario —dijo May.

—Pero él nos ha apuntado con una pistola —dijo O'Sullivan.

—Ya lo he dicho, puro canguelo. Vamos, dejadme que os enseñe lo que tenemos.

May se dirigió hacia las mesas con O'Sullivan, seguidos por Lomas y Corben, que se miraban mutuamente con recelo. May abrió una de las maletas metálicas, en cuyo interior reposaban seis revól-

veres en sus nichos de gomaespuma amarilla. May cogió un arma de cañón corto y se la ofreció a O'Sullivan por la culata.

—Un Astra trescientos cincuenta y siete Magnum de fabricación española. Se ha pulido la mira para reducir al máximo el riesgo de que se enganche, de manera que sea un arma perfecta para llevar oculta.

—No es seguro —comentó O'Sullivan.

—Tiene un sistema de doble acción largo —precisó May—. Tendrías que ser un verdadero cretino para que se disparase accidentalmente.

—Prefiero un Smith & Wesson —insistió O'Sullivan.

—Tú decides —dijo May, apartando el Astra, que volvió a colocar en su nicho de gomaespuma, y le entregó un segundo revolver—. Un J Frame treinta y ocho especial —especificó—. Cinco proyectiles en el tambor. El Astra lleva seis.

—Éste está muy bien —dijo O'Sullivan, abriendo el tambor con un golpe seco y examinándolo. Dejó el revolver sobre la mesa y señaló otro—. Ése es un L Frame, ¿no es cierto? Un trescientos cincuenta y siete Magnum.

—Por supuesto que lo es —repuso May, sacando el arma y entregándosela—. El mismo funcionamiento que el J Frame, pero el tambor aloja seis proyectiles. Es un arma preciosa, pero he de decir que prefiero el Astra.

—¿Cuánto por los dos? —O'Sullivan olió el tambor del Smith & Wesson L Frame.

—Novecientas libras.

—Éste ha sido disparado —dijo el irlandés.

—Los disparos de prueba, nada más. Nunca ha sido disparado con malas intenciones.

—Novecientas es mucho. —O'Sullivan le entregó los dos Smith & Wesson a Corben, que desmontó pieza a pieza los dos revólveres con rapidez y eficiencia.

—Son unas armas de calidad —afirmó.

—Novecientas sigue siendo mucho.

—Lo tomáis o lo dejáis —los apremió May.

O'Sullivan suspiró.

—De acuerdo, que sean novecientas. ¿Y la munición?

Corben volvió a montar las dos armas con la misma rapidez que las había desmontado.

—Incluiré en el precio una caja de cada —dijo May—. Si necesitáis más, serán quince por cada caja.

—Que sean dos de cada.

May sonrió.

—Trato hecho —sentenció—. Abrió una segunda maleta de metal para dejar a la vista cuatro pistolas Glock—. ¿Alguna automática?

Corben negó con la cabeza.

—Dejan el sitio lleno de casquillos. Y además se encasquillan.

—Las armas nunca se encasquillan —observó May—. La munición de mierda se encasquilla. Usada adecuadamente, una Glock es tan fiable como cualquier revólver.

—Gracias, pero no —dijo O'Sullivan—. Estamos contentos con los revólveres.

May cerró la tapa de la maleta, y abrió una tercera. Dentro sólo había un arma, un rifle compacto con empuñadura de pistola a la altura del gatillo y una segunda empuñadura, también de pistola, en la parte inferior del cañón.

—Queríais una recortada, pero pensé que tal vez apreciaríais ésta.

O'Sullivan cogió la escopeta.

—Preciosa.

—Es una Franchi PA3 —anunció May—. La empuñadura delantera ayuda al sistema de carga. Las fuerzas especiales la utilizan para reventar las bisagras de las puertas en un asalto. Es del calibre doce y tiene una longitud media de cuatrocientos setenta milímetros, así que es fácil de esconder. Nada más tiene capacidad para tres proyectiles, pero la experiencia me dice que sólo hay que dispararla una vez.



O'Sullivan miró por el cañón y luego le entregó el arma a Corben.

—¿Y la munición?

—Toda la que queráis.

—Un par de docenas será perfecto —puntualizó O'Sullivan—.

¿Y el precio?

—Mil doscientas por el arma. Incluiré en el precio la munición.

—¿Mil doscientas libras? —preguntó Corben—. Olvídaleo.

—¿Con quién estoy tratando aquí? —preguntó May a O'Sullivan—. ¿Con el organillero o con el mono?

La sonrisa del irlandés se endureció.

—Él es mi socio —comentó— y sabe de armas.

—Está completamente nueva —observó May—. Devolvedla sin disparar y os pagaré novecientas. Así que mil doscientas es barato.

Corben meneó la cabeza.

—Por muy sofisticada que sea la empuñadura que tiene, no deja de ser una escopeta. Que sean mil libras, y nos das ochocientas si no la disparamos.

May asintió con la cabeza.

—Sea —repuso—. Pero sin disparar significa sin disparar. Los disparos al aire cuentan.

O'Sullivan le dedicó una sonrisa forzada.

—Lo hemos entendido a la primera —manifestó—. ¿Y qué hay de la artillería pesada?

May levantó las tapas de las dos últimas maletas, que contenían cada una dos subfusiles.

Corben silbó por lo bajinis.

—¡Fantásticos! —exclamó.

May sacó uno y se lo entregó a O'Sullivan.

—El arma favorita de las bandas —sentenció—. El MAC-10. Treinta proyectiles en el cargador que puedes agotar en menos que canta un gallo.

—Una preciosidad —puntualizó O'Sullivan, y le pasó el arma a Corben—. ¿Tienes un silenciador?

—¿Para qué lo necesitas?

—Para acallar el desagradable sonido..., ¿para qué crees que lo necesito si no?

—Te puedo conseguir uno.

—Dos —dijo O'Sullivan, cogiendo el segundo Ingram.

—Mil quinientas por pieza —propuso May, y le dio una palmadita a los subfusiles de la segunda maleta—. Los Star son un poco más baratos. El mismo calibre, el mismo tamaño de cargador, un poco más pesados y con una velocidad de disparo menor, aunque todavía puedes vomitar balas más deprisa de lo que parpadeas.

—Insistes en promocionar la mercancía española, ¿eh? —dijo Corben—. ¿Es que has conseguido un lote a bajo precio?

—Las fuerzas armadas españolas las llevan usando desde 1985 —señaló May—. Los únicos que utilizan el Ingram son las bandas y los productores de Hollywood.

—Nos llevaremos los Ingram —indicó O'Sullivan—. Y dos silenciadores.

—¿Estáis planeando ir a la guerra o qué? —preguntó May.

O'Sullivan ignoró la pregunta, y paseó la mirada por las armas que había seleccionado.

—Cuatro mil novecientas, ¿de acuerdo?

—Redondeemos a cinco mil —sugirió May—. Os daré el cincuenta por ciento de los Ingram si me los devolvéis sin disparar.

O'Sullivan sonrió burlonamente.

—Van a ser disparados.

—No os entiendo, Conor —dijo May—. Os ponéis neuras por las Glock porque expulsan los casquillos, y los Ingram los escupen por todas partes.

—Cada cosa tiene su utilidad —manifestó O'Sullivan—. Las armas cortas son para nuestro próximo trabajo, y los Ingram para pagar una deuda que lleva tiempo esperando. ¿Y a ti que te importa, de todas maneras?

—Sólo era curiosidad —respondió May.

—Sí, bueno, ya sabes que la curiosidad mató al gato —adujo O'Sullivan—. Y todo esto hace cuatro mil novecientas libras.